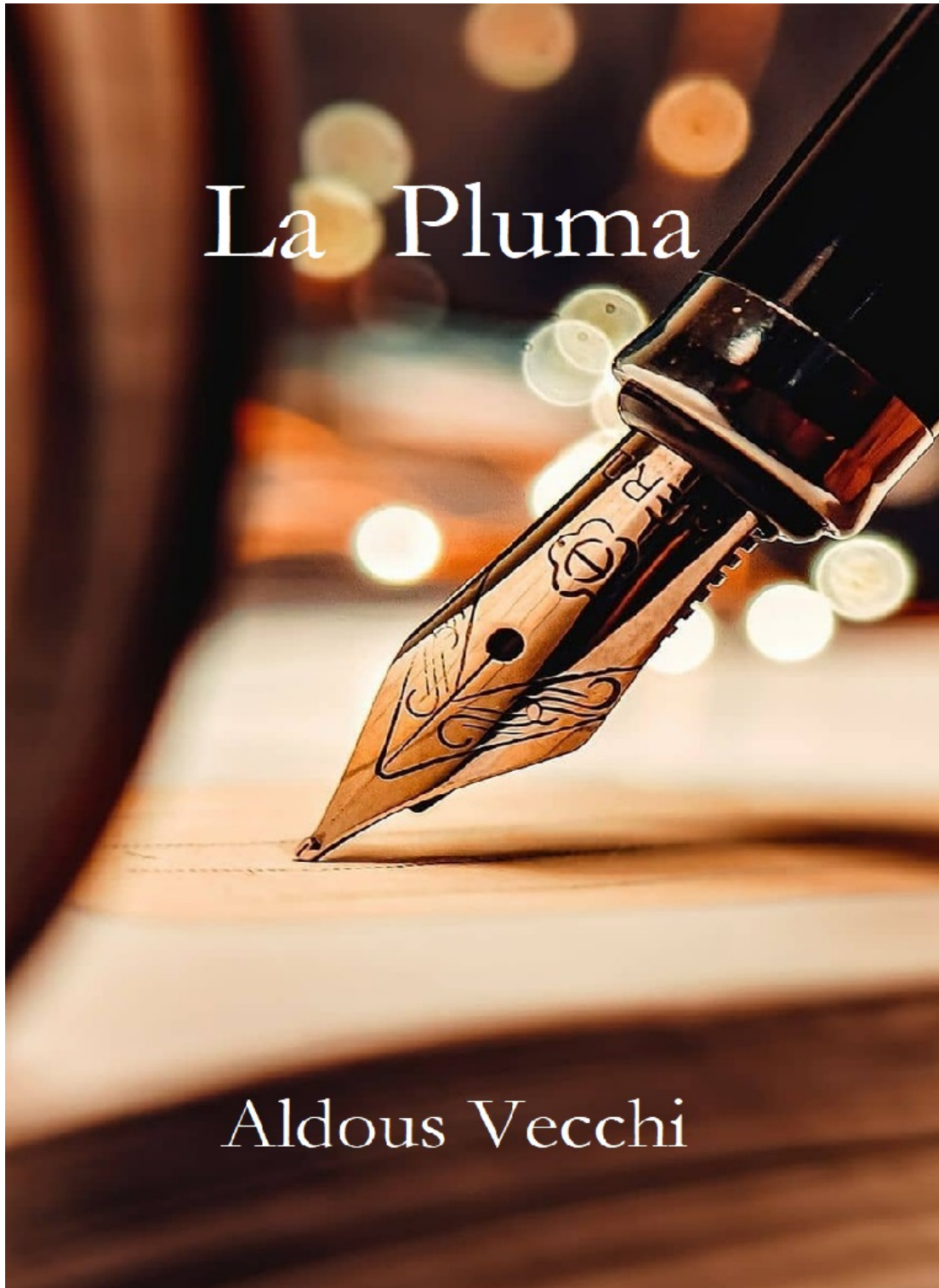


La Pluma

Aldous Vecchi



La Pluma

Aldous Vecchi

Capítulo 1

Dicen que la suerte es "la oportunidad que llega a quien está preparado para aprovecharla". O quizá solo sea una sincronía de las circunstancias; quien sabe. El caso es que a veces lo que a primera vista parece la llegada de la buena fortuna, termina siendo la mayor responsabilidad que un ser humano puede asumir: ser la voz de los que ya no tienen voz.

Conocí a B una tarde como cualquier otra. Por aquellos días de 1978, solía visitar la tienda de viejos "Enrique Martín libros", una tienda de esas que uno elige (o ellas lo eligen a uno) porque, de tanto en tanto, nos sorprende con el volumen preciso que completa la colección del autor que en esos momentos nos obsesiona. Aquella calurosa tarde deambulaba cabizbajo sin rumbo fijo por las calles de Barcelona intentando espantar pensamientos recurrentes que para entonces me desvelaban. Al girar en una esquina y elevar la vista, me sorprendió la vidriera de la tienda de viejos. El bálsamo justo para elevar mi desánimo -me dije- y sin pensarlo, mis pasos ingresaron. Al momento de traspasar el umbral, un difuso aroma a tabaco atrajo mi mirada hacia un hombre joven, de unos 25 años, cabello largo, que sentado en un rincón con un cigarrillo entre los dedos de su mano y tras unos anteojos redondos, parecía analizar los conflictos existenciales de los personajes de una aventura literaria narrada en el libro que sostenía en su otra mano. A su lado, sobre la mesa, reposaban una pluma fuente y una libreta azul eléctrico con rayas blancas, en la que parecían convivir sin conflicto alguno, cifras tachadas y frases poéticas que seguramente tendrían sentido en algún escrito futuro. Lo observé durante algunos segundos, mientras un hipnótico hilillo de humo ascendía lentamente desde su mano. Una voz seria, pero amable, emergió desde el rincón en que se encontraba. Discutía el concepto, "el arma de Chéjov", con Chéjov -dijo, girando hacia mí la tapa del libro que sostenía en su otra mano en que aparecía en portada el título "el monje negro" y otro cuento ruso y continuó- le decía a Antón, que creo que su argumento es plenamente aplicable a la vida misma; en el sentido, en que nada está puesto en ella si no es relevante para nosotros. Que no hay azar, sino más bien sincronías que hay que saber leer, ¿qué opinas? La pregunta me sorprendió, pero en forma casi intuitiva le respondí: ¿algo así como un gran autor del cual somos personajes, a la manera de Unamuno en su novela Niebla? Él sonrió y movió su cabeza asintiendo, como diciendo "lo has escrito con mi propia pluma". Por el diálogo que así inició, supe que se llamaba B, chileno en el exilio en México, poeta errante en Barcelona y también un asiduo visitante de librerías de viejo, con lo que se coronaba la sincronía del encuentro. La grata charla que sosteníamos plagada de coincidencias literarias y de exilios sudamericanos, se interrumpió abruptamente por algo que no comprendí en ese momento. Al hacerle una pregunta sobre las circunstancias que vivía cuando ocurrió el golpe militar en su país Chile, su rostro se descompuso, como si fuera a vomitar; se puso de pie y, junto al humo de

su cigarrillo inacabado un "discúlpame" quedó flotando en aquel espacio que no logró llenarse durante las siguientes semanas en que seguí yendo por ahí.

No supe nada de él por un buen tiempo, hasta que una noche en que el insomnio nuevamente se instalaba en el techo de mi habitación, sonó el teléfono, y al contestarlo escuché la voz de B diciendo que se excusaba por haber obtenido mi número en la librería de viejos, que no acostumbraba a realizar llamadas telefónicas tan entrada la noche, pero que sentía una urgencia en terminar nuestra conversación. Me preguntó si era posible subir a mi apartamento, ya que casualmente estaba a solo un par de calles de distancia. Le respondí que me alegraría recibirlo y que le esperaba para conversarnos una botella de un mezcal mexicano "el gusano rojo" que guardaba para una ocasión como esta. A los pocos minutos llegaba con un abrigo corto, una bufanda al cuello y las ganas de liberarse de una extraña angustia que traía dibujada en su rostro.

Sentados en la pequeña salita de estar, y ya cada uno con una copa en la mano, encendió un cigarrillo y comenzó diciendo: el otro día tu pregunta quedó flotando en el aire como el humo de este cigarrillo, dijo mostrándolo en su mano (mientras yo pensaba en su apresurado "discúlpame" de la librería), porque quizá no era ni el momento ni lugar para contarte detalles que aún me duelen en el alma de lo que fueron esos días; a los ocho días en que estuve detenido, me refiero. Pero comenzaré por el principio, -dijo, viendo como yo me acomodaba para escuchar su relato- Llevaba menos de un mes en Chile cuando ocurre el golpe militar. El ataque aéreo a la casa de gobierno, llamada La Moneda, descargó desde el cielo toda la furia marcial acumulada durante tres años de gobierno de izquierdas y terminó con la vida del presidente democrático Salvador Allende, que supimos tiempo después se había suicidado "pagando con su vida la lealtad del pueblo", como dijo en su último discurso, y junto a eso, arrasar con todos nuestros sueños de igualdad y derechos sociales. Por la radio se oían bandos militares y listados de nombres de dirigentes políticos que debían presentarse en los cuarteles policiacos. Mi nombre no aparecía en aquellas listas, por lo que podía alojar en casa de familiares sin ponerlos en riesgo; el ambiente estaba muy agitado y no faltaban motivos para tener diferencias de opiniones, comenzando también nosotros a vivir cierta tensión familiar (el miedo muestra sus garras en estas circunstancias, pensé), de manera que decidí tomar un microbús para dirigirme a la ciudad de Concepción, ciudad universitaria donde había nacido el MIR, partido de izquierdas y en donde, pensaba, me encontraría con personas más cercanas a mis ideas de entonces. En el camino fuimos detenidos por una patrulla de la policía uniformada, a quienes inmediatamente les llamó la atención mi aspecto de joven desgreñado, de larga barba y acento mexicano, de seguro catalogado sin más, como acento de "extranjero", que después de la visita del cubano Fidel Castro a Chile era lo mismo que decir centroamericano y eso, lo mismo que guerrillero. Tomaron mis documentos, algunos dólares

americanos y con las manos esposadas fui trasladado al cuartel policial de Concepción. Todo el viaje me fui pensando que ahí acabarían mis días. Resonaban con fuerza en mi cabeza las palabras que había oído del párroco de la Iglesia de la ciudad industrial de Laja, un cura de origen belga apellidado Leprince, al que todos llamaban sólo padre Félix, quien visitaba con regularidad a mis familiares de la cercana ciudad de Los Ángeles donde me alojaba, y el que en su última visita nos narraba que ingenuamente él había llamado a entregarse a personas de los listados radiales, acompañándolos después hasta las unidades de la policía uniformada donde los había dejado, y que luego, esas cerca de 20 personas detenidas, habían sido trasladadas con rumbo desconocido para sus familiares. Desaparecidos, nos dijo. Ser también yo uno de esos detenidos buscados infructuosamente por sus familiares, era una idea que se me hacía intolerable, más aún al pensar que probablemente los míos, mis padres y hermana, ni siquiera se enterarían de mi detención en el distante DF de México -continuó B mientras encendía otro cigarrillo y bebía un sorbo de su copa- la certeza de que yo seguiría la misma suerte, siguió martillando mi cabeza hasta llegar al cuartel de la policía civil. Allí, un detective (como se les llama a los policías de investigaciones en Chile) tomó mis huellas dactilares, mi declaración y fotografías de frente y perfil; fui luego puesto en una celda de dos por tres metros con una litera de dos colchones, que tenía algunas cosas dispersas sobre la cama inferior, por lo que supuse estaba ocupada por otro detenido que en ese momento no se encontraba allí. Me acomodé en la cama superior y permanecí horas divagando por senderos mentales que iban de la ansiedad al terror, con tal grado de abstracción, que sólo al sentir la puerta abrirse caí en la cuenta de que anocheecía, y que desde el desayuno no había probado alimento alguno. Entraron a la celda dos detectives quienes traían en vilo a un hombre de poco más de treinta años, que de inmediato comprendí se trataba del ocupante de la litera inferior. Era delgado, de piel morena, y de mediana estatura. Me llamó la atención su pelo extremadamente corto para esa época en que todos lo usábamos más bien largo, y que lucía una cabeza absolutamente blanca como la nieve, lo que le daba un aspecto de mayor edad a la que realmente tenía. Se veía muy maltratado y parecía haber sido golpeado hasta el cansancio. Lo lanzaron sobre la cama en condición de bulto, y allí lo dejaron, y dirigiéndose a mí, uno de los detectives dijo: "al parecer no le fue muy bien en el paseo a tu compañero; cuando vinieron por él ayer, tenía el cabello negro y mira como lo traen hoy; ojalá tu no corras la misma suerte; en todo caso en esas condiciones él tampoco podrá hablar contigo, ya que hay instrucciones de mantenerte incomunicado, así que olvídate de que alguien te pueda traer comida; en la comisaría del Temple las normas las hacemos cumplir" finalizó, y haciendo un gesto a su compañero, se retiraron de la celda dejando al pobre hombre en una posición que, al amanecer del día siguiente, aún conservaba. Esa mañana, el sol comenzaba a elevar la temperatura en las calles de la ciudad, aunque al interior de la celda el frío seguía calando sin clemencia hasta los huesos. Seguramente el movimiento de arrojarme hizo saber a mi compañero de

infortunio, que yo estaba despierto, aunque realmente lo había estado toda la noche y, con voz débil y temblorosa, me contó entonces lo que terminó por congelar mi cuerpo y mi alma. Ayer me fusilaron, dijo con apenas un hilo de voz; vinieron por mi para llevarme a la tenencia, donde me golpearon con puños y pies; eran más de 10, algunos de civil, otros con uniforme... mis propios compañeros, dijo entre lágrimas. Me gritaron que era un maldito izquierdista, un traidor, que había roto el pacto de honor y que debía morir. Me obligaron a desvestirme quedando en ropa interior y así me llevaron al patio. Algunos de ellos que portaban armas largas de servicio... formaban en fila... frente a un muro de ladrillos (le costaba hablar y se interrumpía en su narración); hicieron que me ubicara delante del muro, frente a ellos... procedieron a vendarme los ojos, y escuché la voz del teniente que aún resuena en mis oídos: "esto es lo que les ocurre a los traidores, ¡apunten!, ¡fuego!". Luego, guardó silencio por varias horas. Cuando nuevamente habló, su voz sonaba menos angustiada, y sus siguientes palabras fueron para preguntarme cosas personales: que quién era yo, que por qué estaba allí, el porqué de mi acento, y el como me ganaba la vida. De mis respuestas, aquella de que yo era un poeta errante, logró sacarle una sonrisa, que de inmediato se esfumó de su rostro junto con mi tranquilidad, cuando escuchamos unas voces tras la puerta que parecían acercarse. Subí rápidamente a mi litera y guardamos absoluto silencio. Dos detectives, diferentes a los anteriores, entraron y abriendo la reja metálica, uno de ellos con voz calma me dice: baja de allí B, que tienes que venir con nosotros. Mientras yo descendía, mi temor y angustias se disparaban hasta el techo de la celda. Embargado por un terror que no he vuelto a sentir en mi vida, fui conducido sin esposar hasta una oficina, donde me hicieron sentar y en donde, el que había hablado antes, comenzó diciendo: "¿no te acuerdas de nosotros B? estamos cinco años más viejos nomás; somos A y C, tus compañeros del liceo de Los Ángeles, ¿te acuerdas?, ¡ide antes que te fueras para México, hombre! Y entonces volvieron a mi memoria los rostros de dos compañeros liceanos quinceañeros, ahora algo envejecidos. El alma me volvió al cuerpo y me abalancé sobre ellos en un abrazo desesperado, que ellos devolvieron entre risas ahogadas junto a un sándwich de queso con lechuga que entonces me supo a caviar y que comencé a hacer desaparecer junto con mi ansiedad. Me advirtieron que nadie debía saber que nos conocíamos para no tener ellos problemas con los milicos ni con los pacos, lo que comprendí al momento. Les pregunté si podía guardar un trozo del pan para mi compañero de reclusión y ellos me dijeron que lo compartiera, pero sin decir de donde provenía. Después de llevarme al baño, me regresaron a la celda y con un golpe complice de despedida en mi espalda, se fueron nuevamente cerrando la reja y la puerta, dejándome ahora, con un palpar un poco más calmado. Me acerqué a mi compañero de celda y le ofrecí el trozo de pan que le había guardado, el que agradeció y comió con extrema lentitud con una expresión en su rostro que denotaba el dolor en todo su cuerpo. No recuerdo cuantas horas pasamos ensimismados hasta que él rompió nuevamente el silencio. Oye B, mis horas están contadas, dijo con voz quebrada; pero tu

sobrevivirás todo esto B, sobrevivirás esta ignominia. Cuando salgas de aquí volverás a tu otro país y allá debes contar tu historia. Te pido que cuentes también parte de la mía; cuéntales lo que aquella noche vi con mis propios ojos. Y antes que yo pronunciara palabra, en un tono de urgencia continuó: unos días después del golpe, el día de fiestas patrias, a eso de las 4 de la madrugada, salimos de la tenencia con 19 presos políticos, algunos dirigentes de izquierda a los que un cura párroco había acompañado a entregarse, el padre Félix. Yo era el único que no había bebido, porque el teniente me había asignado conducir. Me dijo que los llevábamos al regimiento militar en la cercana ciudad de Los Angeles, pero durante el viaje, al pasar el puente Perales, me ordenó doblar a la derecha por un camino de tierra y detenerme a unos 300 metros de la entrada, manteniendo motor y luces encendidas. Hizo descender a los detenidos, ordenando atar de manos a la espalda a algunos de ellos, y a los más jóvenes les ordenó cavar una fosa en la arena. Mis compañeros, bebidos, portaban armas largas y les apuntaban desde una orilla de la fosa. Todo era extraño y se lo dije al teniente, pero éste me gritó que eran órdenes y que, si yo quería, podía también cavar con ellos (entre sollozos, mi compañero de celda continuó), allí, congelado observé como a su orden, mis compañeros y el mismo oficial a cargo, hacían fuego sobre las espaldas de todos ellos. Volví la vista al suelo, y ya no pude mirar más. Taparon los cuerpos con arena y subieron al bus. El sargento se me acercó y me dijo que me salvaba sólo porque nadie más estaba en condiciones de conducir el bus y recibí la orden de regresar. No pude sacarme la imagen de la cabeza hasta que finalmente fui a la iglesia y pude confesarme con el padre Félix, el cura de Laja. A la salida, me esperaba una patrulla, y el resto, bueno, el resto tu ya lo conoces. Alargó entonces su mano y ofreciéndome su pluma fuente, me dijo que éramos compañeros de celda, que así sería por el resto de la vida. B hizo una pausa dejando el vaso sobre la mesa, y desde el bolsillo de su chaqueta sacó la pluma fuente que yo le había visto usar en la librería de viejos, y mostrándomela con su mirada fija en ella, agregó: al dármele, mi compañero de celda dijo, "solo te pido a cambio, que con ella denuncies lo que, con violencia, otros han querido acallar".

Los ojos vidriosos de B se volvieron hacia los míos. Su garganta emitió un hilo de voz, y poniendo la pluma en mi mano, pronunció estas palabras que me sonaron a sentencia: "Ahora, mi querido A, es tuya. Solo te pido que hagas la tarea que yo ya no podré hacer más".

Por unas décimas de segundo desvié la mirada hacia la pluma que en mi mano comenzó a pesar una tonelada, y al volver la vista arriba, B ya no estaba. Su figura se había esfumado dejando solo la colilla de su cigarrillo, y la estela de humo que desde ella ascendía hasta desaparecer.